



Chiang Kai Chek.

CHINA

CURRE en nuestro tiempo que nos asombramos de lo normal; que la lógica, cuando se produce, se convierte en una noticia sensacional. Resulta pasmoso que el Papa viaje, cuando lo verdaderamente extraño es que hasta ahora ningún Papa haya visitado los Santos Lugares, que se haya considerado normal que los Papas viviesen sin moverse del Vaticano. Ahora estamos viviendo el gran asombro mundial del reconocimiento de China por parte de Francia. China es un país que existe —en su régimen actual— desde hace quince años, que extiende sobre diez millones de kilómetros cuadrados (veinte veces la extensión de España) una población de 700 millones de habitantes. China ejerce una influencia política decisiva sobre el continente más grande y más poblado del mundo. Y sobre una entidad política vagamente delimitada por la geografía que llamamos tercer mundo. Sin embargo, este coloso carece de existencia oficial. Su existencia real es uno de los factores políticos esenciales de nuestro momento histórico. Puesto que ese factor resultó molesto a lo que llamamos Occidente, Occidente decidió, en una misteriosa operación política, decretar su inexistencia oficial en favor de una ficción: la China de Formosa, la isla de Chiang Kai Chek —el famoso aventurero tiene ya setenta y siete años—, separada por noventa millas marítimas de la China continental, y separada no sólo por esas noventa millas, sino también por la flota americana, por los cañones americanos; Formosa es, en realidad, una dependencia americana donde, año tras año, se va disipando el sueño de la reconquista del país perdido. Ahora, el reconocimiento de Francia ha dado un golpe más al sueño de Formosa, aunque le deja una esperanza abierta: la de convertirse en una nación independiente, si la China continental quiere pagar ese precio a cambio de su acta de nacimiento legal. Parece ser que Francia ha conseguido algo en ese sentido: que Pekín acepte que Francia siga con sus relaciones abiertas con Formosa. Sin embargo, será una triste nación. A pesar de los esfuerzos de Chiang Kai Chek y de sus diez millones de formosanos —reforma agraria, creación de industrias—, Formosa no se puede bastar a sí misma, y agonizaría económicamente si no fuese por la ayuda de los Estados Unidos.

una base falsa

ESTA ignorancia oficial de China ha falseado las relaciones mundiales en estos últimos años. En las conferencias de desarme no ha podido estar presente el representante de uno de los países de ejército más numerosos —se dice repetidamente ahora que China está a punto de tener su bomba atómica—; en el movimiento comercial se ha desperdiciado un mercado de 700 millones de consumidores —el número compensa del escaso poder adquisitivo de esos consumidores—; se han dificultado las relaciones con los pequeños países asiáticos; se ha desorientado al «tercer mundo» —la mayor parte de los nuevos países africanos se han apresurado a reconocer a China en el momento de adquirir su independencia—. Se ha creado un punto más de división en las Naciones Unidas. Y se ha mantenido una tensión difícil entre Estados Unidos y algunos de sus aliados, que pretendían reconocer a China. Muchos lo han ido haciendo, incluso entre los miembros de la NATO. Dinamarca y Noruega tienen embajadores en Pekín; Gran Bretaña y Holanda mantienen relaciones con encargados de negocios.

oportunismo de de gaulle

FRANCIA se resistía. De Gaulle, incluso, ha sido siempre despectivo para China. En uno de sus discursos habló del peligro de la «innumerable multitud amarilla», heredando algunos conceptos del precursor del nazismo ideológico, Spengler («La decadencia de Occidente»); creyó siempre en una disputa decisiva entre la U. R. S. S. y China, y decidió que el puesto de Francia, el de Occidente, llegaría a estar

al lado de la U. R. S. S. en ese caso, por un viejo reflejo racista, europeísta. De Gaulle hablaba de una Europa «desde el Atlántico hasta los Urales» (como habló de una Francia que abarcase «desde Dunquerque a Tamanrasset», o sea, hasta los confines del Sahara, y tampoco le ha resultado esta geografía, en vista de la pérdida de Argelia firmada por él mismo). Sin embargo, ahora ha cambiado enteramente de política. ¿Por qué? Un exceso de buena fe haría pensar en que el realismo del general le había llevado a la conclusión de que el no reconocimiento de China es un absurdo histórico. Y un exceso de mala fe nos llevaría a la conclusión de que el reconocimiento se ha producido por dos reacciones negativas: la supervaloración de la disputa ideológica ruso-china, y, por lo tanto, el deseo de molestar a la U. R. S. S., y una etapa más en su desafío a los Estados Unidos, donde el reconocimiento francés a China ha causado un profundo disgusto. No hay que descartar esta última tesis del todo. En realidad, De Gaulle reconoce a China —entre otras razones de mucho peso— para continuar su política de apartamiento de Estados Unidos, su política de independencia francesa. De Gaulle cree que es grave para Francia, y para su sueño de una Europa francesa, una Europa con capital en París, el nuevo entendimiento de Estados Unidos y la U. R. S. S. Probablemente el general De Gaulle no ha sabido comprender que esta alianza forzada de los dos grandes enemigos de la etapa de la guerra fría es una necesidad histórica, una necesidad de paz. De Gaulle pertenece a la vieja escuela política, según la cual el pacifismo conduce siempre a la catástrofe, y ha decidido no adherirse al tratado de Moscú sobre cese de las pruebas nucleares, ni sumarse a la conferencia de desarme de Ginebra —que está en estos momentos en una etapa decisiva—; la decisión de la China comunista de no firmar tampoco el pacto de Moscú le ha abierto los ojos hacia un cambio posible de alianzas. Creo haber hablado ya en alguna de estas crónicas de las consecuencias que iba a tener la coincidencia de Francia y de China en su negativa al Pacto de Moscú: ahora las estamos viviendo.

hispanoamérica y francia

NATURALMENTE, el alcance del gesto francés va mucho más lejos que todo esto, y será seguido de otros actos importantes. Francia va a ser inmediatamente beneficiaria del mercado comercial chino —se prepara ya una gran exposición industrial francesa en Pekín para 1965—; pero va también a recuperar parte de su influencia perdida en Asia; ya empieza a conseguirla en Camboya, trata de recuperarla en el Vietnam del Sur, para el que propone la neutralización. Durante los últimos tiempos, el valor de los Estados Unidos ha sufrido graves pérdidas en todo el Sudeste asiático: Francia encuentra que éste es el momento de sustituir la influencia americana en aquella zona por una influencia francesa. Para lo cual necesita, previamente, la amistad de China. De Gaulle ha dado una prueba de realismo al advertir que China es en este momento la clave de Asia.

Al mismo tiempo, Francia inicia así su gran batalla a los Estados Unidos en territorios que hasta ahora le eran propios. Va a llegar a más: va a llevar su influencia a Hispanoamérica. De Gaulle va a viajar a Méjico en marzo —del 16 al 19—, y en octubre hará otra gran visita a América, principalmente al Brasil. Hace un año, De Gaulle ofendía públicamente al Brasil con motivo de lo que se llamó «la guerra de la langosta» (pesqueros franceses en las aguas de pesca del Brasil); ahora el tono ha cambiado. Además de Río, De Gaulle visitará también Buenos Aires y Lima. Se habla de otros países, pero el programa no se ha concretado todavía: Uruguay, Chile, Colombia y Venezuela.

Francia puede ofrecer a estos países de América y de Asia —como lo está haciendo ya con los de África— unos bienes determinados: técnicos, profe-



Mao Tse-Tung.

EXISTE



Chu En-Lai.

sores, material industrial en cantidades importantes, dinero. Todo esto lo ofrece ya Estados Unidos. Pero a cambio de ello, Estados Unidos representa en Asia y en América una potencia colonizadora: su capitalismo explota esos países hasta dejar a las poblaciones en la miseria —nombres como la Anacón, la United Fruits, la Shell, son odiados en todo el continente americano—; cambia los gobiernos a su gusto, favoreció las dictaduras en una época determinada, fuerza las aparentes democracias ahora. Y exige una alineación política determinada en las relaciones internacionales. La novedad de Francia es que no pide nada: no obliga ni fuerza. No está desgastada en esos países, como lo están los Estados Unidos —como la misma Francia lo está en los países africanos, y por las mismas razones históricas— y puede presentarse limpia y pura ante países que sólo conocen de Francia la radiación de su cultura. Trata solamente de ganar mercados para su expansión, «grandes» para su política y prestigio personal para De Gaulle. En esto el general y su equipo han debido tener, sin duda, un ejemplo claro: el de la creciente influencia de Alemania y de Italia en África, donde llegan sin prejuicios psicológicos colonialistas, y donde están realizando una poderosa expansión.

El problema, el gran problema está en saber qué fondo tiene Francia para esta colosal operación política y económica. El momento psicológico es perfecto. Pero debería estar sostenido por una capacidad industrial, económica y financiera, lo cual no parece ser el caso de la Francia de De Gaulle en estos momentos.

el mundo es distinto

SEA cual sea el fruto que Francia pueda obtener de su operación, el hecho es que esta operación está ya lanzada y que las consecuencias indirectas se van a producir, se están produciendo ya. China debía haber sido reconocida hace quince años por todo el mundo —hace quince años la reconoció Gran Bretaña—, empezando por los Estados Unidos: esto hubiera sido lo normal. No fue así, y como consecuencia se creó una situación artificial en el mundo. Hay que reconocer que esa situación artificial existe, y que el reconocimiento francés va a cambiarlo todo bruscamente. Las consecuencias son muchas. En primer lugar, la llamada unidad occidental sufre un golpe más. Parece ya un anacronismo hablar de unidad occidental: no existe. Las relaciones de Francia con los Estados Unidos son tormentosas, y De Gaulle no quiere simplemente arreglarlas: se niega a entrevistarse con Johnson. No va a verle a Washington ni le invita a ir a París. El reconocimiento unilateral de China es, claramente, una bofetada a Washington. Sus viajes a Hispanoamérica lo serán aún más.

En segundo lugar, China va a ingresar este año, gracias a Francia, en las Naciones Unidas. Esto puede considerarse casi como inevitable. La última votación fue contraria a China por 57 votos contra 41. El reconocimiento de Francia y de Túnez cambia ya esta cifra (55-43); se asegura que el reconocimiento de Portugal es inmediato (China es la enemiga de su enemiga India; Portugal no tiene nada que agradecer a EE. UU.). Es casi seguro que muchos países que fueron colonias francesas, algunos países iberoamericanos que se desganaban cada vez más de la estela de los Estados Unidos, van ahora a inclinarse por China. En París se habla de una cascada de reconocimientos. Será difícil que en la reunión de octubre la Asamblea General vote una vez más contra la admisión de China. ¿Qué ocurrirá entonces con Formosa? Tendrá quizá que salir de la ONU, puesto que no puede haber dos representaciones distintas de un solo país; o, con la anuencia de Pekín, tendrá que convertirse en una nación distinta, que ya no se llamará China nacionalista, sino simple-

mente Formosa. En cualquiera de los dos casos será una desgracia para la política asiática de los Estados Unidos. Hay quien habla ya de una tercera posibilidad: la integración voluntaria de Formosa en China. Se ha dicho ya más de una vez que sin la presión americana los diez millones de isleños se habrían incorporado ya a la China continental.

Otra consecuencia será el efecto en Asia. China va a ganar prestigio, los Estados Unidos lo van a perder. Esto ha ocurrido ya; en los próximos días, la cuestión se agudizará sin duda. Washington teme que la influencia china en Laos, en el Vietnam, en Corea, en todo el Sudeste asiático, llegue a ser tal que el comunismo se extienda como una mancha de aceite. Esta no es solamente una idea de Washington: más de un observador político de los que actúan como filósofos de la historia creen que el comunismo es el régimen futuro de toda Asia, incluyendo la India.

Indirectamente se ha creado una inquietud: la de Alemania Federal. Bonn cree —y algo de ello hay— que puede hacerse un paralelo entre la existencia de una China comunista y una China occidental, y la de una Alemania comunista y una Alemania occidental, y que en el momento en que los tabús comienzan a caer, puede llegarse también a un reconocimiento de la República Democrática Alemana. Parece ser que Bonn ha recibido garantías por parte de Francia de que no será así. Pero Erhard se muestra disconforme con la actitud francesa, y está decidido a no reconocer a China. Con lo cual aparece otra razón más de separación entre Francia y la Alemania Federal. Los tiempos de Adenauer están pasando...

china cambiará

EL mayor enigma que plantea toda esta cuestión es la de saber qué repercusiones va a tener todo esto en la propia China. La República Popular de China tiene ahora una posición aberrante sobre muchos problemas mundiales. Esta posición ha sido forzada por una situación de bloqueo, de defensa. No es una situación nueva en la historia: la Unión Soviética de los primeros años, cercada por todo el mundo capitalista, rodeada por el llamado «cinturón de seguridad», sometida a un tremendo bloqueo que se cumplía indefectiblemente, tomó esta misma actitud. De ella nació políticamente un hombre como Stalin, que se fue apartando progresivamente de los principios del marxismo-leninismo y que se fortaleció durante los años de la guerra mundial. Si al terminar ésta los occidentales, y especialmente los Estados Unidos, no hubieran tratado de reanudar la política de bloqueo y hubieran entrado de lleno en la política de coexistencia que la alianza durante la guerra dejaba presagiar, la evolución soviética a la que asistimos ahora se hubiera producido probablemente muchos años antes. El problema de China es precisamente que hasta ahora está viviendo en esa situación de bloqueo, en una época paralela a la primera época soviética, y esta tensión es la que le ha impedido seguir la evolución soviética. Es posible pensar que una China con asiento en las Naciones Unidas y comercio normal con todo el mundo, con influencia legal sobre Asia, sin la amenaza permanente de Formosa, tienda poco a poco a normalizar su tensión interna. Esto acortaría enormemente sus distancias ideológicas con la U. R. S. S. —distancias que ya parecen haberse acortado notablemente en los últimos meses, aunque de cuando en cuando surjan algunos leves arañazos mutuos— y volvería a plantear un nuevo equilibrio mundial...

Pero esto es, sin duda, adelantarse demasiado en el resbaladizo camino de las hipótesis. La verdadera consecuencia que podemos obtener —la moraleja, digamos— de la situación producida en estos momentos es que un solo acto de lógica que se produzca cambia repentinamente el aspecto del mundo. Luego la estructura actual del mundo es ilógica...